

**H**OY hace cien años que nació Gabriel

# EL PROSISTA PURO

para aprehender más velozmente el crepúsculo. Y extractar una de sus narracio-

nes sería como condensar una orquídea. Al presuroso le sugiero una pieza enjuta y perfecta, la primera de las «Estampas de un león y una leona».

Miró es tangente de Proust, pero el hispano no perfora la conciencia, y el galo no cultiva la sensualidad de la forma. Francia está reactualizando a su narrador como un antídoto del ya insufrible arte llamado social y que es simple beligerancia, como una vacuna contra esa poesía o esa pintura que asaetea con tópicos partidistas. Ahora que en todos nuestros géneros hay cultivadores mitinescos, Miró es un alto ejemplo de estética acendrada y de paz exacta. Es una lección política por contraste. No es ni la derecha, ni la izquierda, ni el centro; para alcanzar la belleza ubicua de las rosas le falta poco más que la firma de Dios.

Es prosa pura y, sin duda, pulquerrima: lujo verbal, tropos deslumbradores, modelos refinados, acariciante sintaxis. Es un botín de cromatismos y de elegancias. El idioma se aterciopela e ilumina en fáustica opulencia. La pluma de Miró es enriquecedora como los dedos de Midas, y es mágica como la lámpara de Aladino: atesora y hechiza. Es lo contrario de la literatura actual. No enerva sino que relaja; no remueve sino que filtra; no tortura sino que libera; hace olvidar el peso existencial. Su atemporalidad distiende. Es un embrujador sedante del ánimo.

Miró es un prosista puro porque su idioma porta significaciones y no tesis. No afirma valores morales, ni una idea de la sociedad o del Estado; tampoco niega nada. No hace proselitismo, ni diatriba. Su concepción del mundo permanece en la oscuridad. Al cabo de sus narraciones evangelicas ¿se puede asegurar que creía en la divinidad de Jesús? El curismo estético de Miró es total. Imposible aducir su obra en apoyo de una ideología. Caso excepcional y rebelde porque esta sublimación literaria se produce en un clima contrario. Miró es, cronológicamente, un novecentayochista. Sus grandes contemporáneos son hombres decididamente comprometidos. Usan la imprenta como una tribuna. Unamuno, Maeztu, Baroja, Azorín y aun Valle-Inclán son infatigables predicadores. Incluso

Machado sermonea en verso. El género del tiempo es el ensayo, donde la sustancia afirmativa importa, por lo menos, tanto como el estilo. Prosa pura la de Miró frente a la prosa politizada o doctrinaria del 98 y de sus herederos con Ortega a la cabeza.

La obra de Miró carece de tesis; pero no es sólo música verbal, ni simple signo desencadenante de reflejos. Hay personas y, sobre todo, cosas descritas con suntuosa minuciosidad; pero sin propio compromiso. Dilatada es la distancia entre el autor y su mundo. Retrata a los hombres y descubre sus pasiones desde una neutralidad intacta. Ni sentimientos, ni personajes favoritos. No hay jerarquía de valores. Miró es éticamente plano. Lo humano es un fragmento del paisaje. El águila, el apóstol, el cerezo, el obispo o el molino parecen radiantes, en un mismo nivel, el estético. La prosa de Miró es pura porque es adidáctica; es el arte por el arte.

Una trama vertebra sus novelas. ¿No late en ellas un mensaje vital? No; porque está ausente la tensión narrativa. Suceden cosas; pero sin un absorbente destino. Son historias circulares, y se las puede iniciar por muchos puntos. Cada fragmento posee entidad propia, y su existencia literaria no está condicionada por el todo. Apenas hay estímulos a la curiosidad argumental, ni avidez por el desenlace. El dramatismo de algunas escenas no se encadena en un contexto global dramático. Ni el autor tiene prisa de narrar, ni el lector de averiguar. Al contrario, cada imagen invita a detenerse. Pocas conductas más absurdas que saltarse una página de Miró para ganar minutos; sería como prescindir de una nube

para aprehender más velozmente el crepúsculo. Y extractar una de sus narraciones sería como condensar una orquídea. Al presuroso le sugiero una pieza enjuta y perfecta, la primera de las «Estampas de un león y una leona».

Miró es tangente de Proust, pero el hispano no perfora la conciencia, y el galo no cultiva la sensualidad de la forma. Francia está reactualizando a su narrador como un antídoto del ya insufrible arte llamado social y que es simple beligerancia, como una vacuna contra esa poesía o esa pintura que asaetea con tópicos partidistas. Ahora que en todos nuestros géneros hay cultivadores mitinescos, Miró es un alto ejemplo de estética acendrada y de paz exacta. Es una lección política por contraste. No es ni la derecha, ni la izquierda, ni el centro; para alcanzar la belleza ubicua de las rosas le falta poco más que la firma de Dios.

Es prosa pura y, sin duda, pulquerrima: lujo verbal, tropos deslumbradores, modelos refinados, acariciante sintaxis. Es un botín de cromatismos y de elegancias. El idioma se aterciopela e ilumina en fáustica opulencia. La pluma de Miró es enriquecedora como los dedos de Midas, y es mágica como la lámpara de Aladino: atesora y hechiza. Es lo contrario de la literatura actual. No enerva sino que relaja; no remueve sino que filtra; no tortura sino que libera; hace olvidar el peso existencial. Su atemporalidad distiende. Es un embrujador sedante del ánimo.

Todo esto es poco castizo y nada moderno. En Miró hay un orientalismo no sólo temático sino de talante. Lujo ininterrumpido, expresión por insinuaciones, tiempo inmóvil, cansancio de perfección y de luz, gesto solemne y suspensión de la voluntad. Está muy apartado del modo clásico que es un torso marmóreo en la desnuda geometría de la plaza. La obra de Miró es como el paramento de un palacio árabe: horror al vacío decorativo, y cada ataurique o caligrafía son un mundo tan acabado como los infinitos mundos apretadamente contiguos. Levantino de más lejos, con mirada quieta y lenguaje damasquinado.

Miró, prosista puro, nostálgico de una cultura perdida, el menos occidental de los escritores verdaderamente grandes de España.

Gonzalo FERNANDEZ DE LA MORA